

IN MEMORIAM

En memoria del Dr. D. Guillermo Suárez Fernández*

Elías Fernando Rodríguez Ferri, Lucas Domínguez Rodríguez, María de los Ángeles Calvo Torras, María Teresa Cutuli de Simón, Joaquín Goyache Goñi, Fidel San Román Ascaso y José Javier Etayo Gordejuela
publicaciones@rade.es



Académico de Número de la Sección de Veterinaria, medalla número 80.

En su toma de posesión, celebrada el día 07-05-1982, pronunció el discurso de ingreso: *La profesión veterinaria en el desarrollo histórico de la microbiología española*.

<https://www.radoctores.es/academico.php?item=80>

* Palabras pronunciadas. en la sesión académica de la RADE en memoria del Dr. D. Guillermo Suárez Fernández celebrada el 19-02-2025.

<https://www.rade.es/pagina.php?item=1638>

DR. D. JOAQUÍN GOYACHE GOÑI

Sr. Presidente, Excelentísimas Señoras Académicas, Excelentísimos Señores Académicos, Marta, Mónica, queridas compañeras, queridos compañeros, amigas y amigos:

Permítanme que en esta ocasión me adentre en la parte más personal de este homenaje. Todo lo profesional, lo académico y lo emotivo ya se ha dicho, y con gran brillantez. Yo hablaré desde la memoria del discípulo que fui —aunque no el mejor—, del alumno que tuvo la fortuna inmensa de aprenderlo todo de su maestro.

No sabría definir a Don Guillermo de otro modo que no sea como un ejemplo. Porque más allá de su condición de maestro, fue eso: un ejemplo. Pero un ejemplo, si se me permite, imposible de seguir del todo.

Conocí a Don Guillermo en diciembre de 1980, cuando accedió al decanato de la Facultad de Veterinaria tras ganar las elecciones. El azar —o quizá algo más— quiso que yo formara parte de la, creo recordar, única mesa electoral como representante estudiantil de primer curso, junto a otro compañero y tres profesores. Aquel año ingresamos más de 1.200 estudiantes en primero, que acompañaron a varios cientos más en los demás cursos. Recibí en casa una carta, el único medio oficial de notificación entonces, informándome de mi designación. Yo, por aquel entonces, ni siquiera sabía qué era un decano. Pero lo supe durante aquella larga jornada electoral. Así lo conocí, sin saber que me daría clase, que dirigiría mi tesis doctoral y que, sobre todo, sería mi maestro y mi ejemplo.

Recuerdo aquellos años como uno de los periodos más felices de mi vida. Y es que nuestra Facultad ha cambiado mucho desde entonces, muchísimo. Don Guillermo me dio clase cuando ya era Decano, impartía cinco horas semanales de Microbiología —mañana y tarde—, gestionaba la Facultad, investigaba y siempre estaba disponible. Lo recuerdo con su bata blanca almidonada, impecable, y esa distancia cercana que tanto lo caracterizaba: la de quien se hace respetar sin dejar de ser accesible. Era un verdadero maestro. Iba a clase sin diapositivas ni transparencias, armado tan solo con el programa de la asignatura, y durante 45 o 50 minutos mantenía la atención de aulas repletas con más de 300 estudiantes, donde apenas se podía mover nadie por la falta de espacio. Aquel año obtuve Sobresaliente y Matrícula de Honor en Microbiología e Inmunología, la asignatura que él dirigía.

En 1983, ya en tercero, los estudiantes luchábamos contra las condiciones de hacinamiento que sufríamos en la Facultad. Don Guillermo siempre estuvo con nosotros. Gracias a aquellas protestas y a las gestiones de nuestro Decano, se logró la construcción del Aulario A. Recuerdo que se trataba de un presupuesto inicialmente destinado a la Universidad de Granada, pero que acabó llegando a Madrid porque el edificio central, básicamente, no

soportaba el peso del estudiantado. Don Guillermo dijo entonces en unas declaraciones a un medio nacional que los estudiantes habíamos aguantado demasiado tiempo.

Ese mismo año se elaboró el nuevo plan de estudios de Veterinaria, el de 1983. Yo estudié con el plan anterior, el de 1973, pero, sin saber cómo, terminé siendo representante de estudiantes, labor que siguió durante los dos últimos años de la carrera en el Departamento de Nutrición y Bromatología. Defender nuestras posturas no era fácil. Los grandes catedráticos querían imponer criterios que no compartíamos, y hubo una gran batalla: nos oponíamos a que unas pocas asignaturas básicas bloquearan el avance de toda la carrera. Don Guillermo nos defendió. Nos protegió en momentos muy difíciles. Yo participé activamente en aquellas reuniones. Formé parte, de forma modesta pero comprometida, de la transición entre dos planes de estudios clave para nuestra formación.

La Facultad que conoció Don Guillermo era aún una estructura decimonónica. Él impulsó su transformación: durante su etapa se construyeron el Aulario A, el Aulario B —con la hermosa cafetería— y, nada menos, que el Hospital Clínico Veterinario. Todo ello fue una labor titánica que convirtió a nuestra Facultad en una de las mejores del mundo.

En 1985, en pleno verano, me llegó una carta suya —en tiempos sin fax y con apenas cuatro líneas telefónicas en todo el centro—, en la que me felicitaba por mi rendimiento. Imagino que fue por aquella Matrícula de Honor. Decía: “Estoy convencido de que el futuro de las Profesiones y del propio País descansa mayormente en los estudiantes que han tenido como tales un comportamiento ejemplar”. Me animaba a solicitar una beca en el Ministerio, vinculada a un proyecto sobre anticuerpos monoclonales. Aquella carta, con su firma al final, cambió mi vida.

Mi vinculación con Don Guillermo, que empezó aquel diciembre de 1980, se mantuvo constante: fue mi profesor en un curso de Doctorado, donde obtuve Sobresaliente; fueron seis años de formación intensa y cercana. Y muchos más de acompañamiento generoso.

En 2005, siendo yo ya decano y siendo Rector el profesor Berzosa, se dio su nombre al laboratorio de alta seguridad de VISAVET, una auténtica bandera de la Universidad, de la Facultad y del Departamento de Sanidad Animal.

En 2018, con motivo del 225 aniversario de la fundación de nuestra Facultad, se celebró un acto de homenaje a los decanos vivos. Allí estuvimos Don Guillermo, Manuel Rodríguez, Pedro Lorenzo y yo. Fue un momento muy especial. El Profesor Suárez —que siempre fue para mí “Don Guillermo”— me seguía tratando de usted. Jamás me tuteó, y yo nunca dejé de llamarlo “Don Guillermo”.

En 2022 me acompañó en la presentación de mi retrato como decano. Fue uno de esos días en que tuvimos más tiempo para hablar, para compartir recuerdos. Siempre estuvo ahí.

Volviendo a 2005, ese año se publicó su libro jubilar. Don Guillermo me regaló un ejemplar de tapa dura que me dedicó con letra bien grande. En él escribí un capítulo titulado “Sobre los hombros de un gigante”, parafraseando a Newton: “Si he logrado ver más lejos ha sido porque he subido a hombros de gigantes”. Aquel texto le hizo gracia. Me dijo: “Goyache, es usted muy ocurrente”. Siempre nos reímos mucho juntos. Él conmigo, y yo con él. Podría contar decenas de anécdotas, pero solo tienen sentido para quienes las compartimos.

No me resisto a leer un pequeño fragmento de aquel capítulo:

“Lo he tenido fácil: es muy sencillo atravesar aguas oscuras sobre los hombros de un gigante. Y no se puede decir que haya sido una tarea ligera. Es un gigante, pero cargaba con mucho peso. Ha luchado por todos nosotros (y somos muchos), ha apostado por la Universidad — sobre todo por su amada Facultad de Veterinaria de Madrid—, ha dejado jirones de su vida por convertir el desierto en el que cayó en uno de los centros de investigación y docencia más importantes de las últimas décadas y, básicamente, lo ha hecho solo. Porque nosotros, al ayudarlo, nos ayudábamos a nosotros mismos. Pero él... él no necesitaba luchar tanto. Una labor monumental, solo apta para colosos.”

He de reconocer que Don Guillermo me “pilló” en más de una situación comprometida. Pero nunca me lo reprochó. A lo sumo, me decía con ese tono tan suyo: “Pero... Goyache”.

Y estoy seguro de que ahora, desde donde esté, me diría: “Pero... Goyache, qué ocurrente es usted”.

Porque estoy convencido de que Don Guillermo está en el cielo de los investigadores, en el cielo de los buenos. Y sé que, desde allí, nos sigue cuidando.